

¿Puede un naturalismo localista y descriptivo evitar fundamentos dogmáticos?

Armando Cíntora Gómez*
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Palabras clave: ciencia, filosofía, naturalismo, fundamento, localismo

En mi naturalismo, reconozco que no hay una verdad más alta que la que la ciencia provee o busca.

WILLARD VAN ORMAN QUINE

INTRODUCCIÓN

La racionalidad exige que se justifiquen nuestras creencias y métodos; por tanto, si somos racionales, deberíamos explicar exhaustivamente los métodos de la ciencia, incluyendo aquellos más básicos, tales como la inducción, la deducción y la inferencia a la mejor explicación. Ahora, dada la falta de éxito en el pasado para proveer una justificación que no sea viciosamente circular de tales métodos científicos últimos, el escéptico concluirá que los mismos son aceptados como correctos de una manera dogmática, es decir, por un acto de fe. Si no es así, el escéptico pedirá que se le pruebe su equivocación y demandará una respuesta que no sea viciosamente circular para tales métodos básicos.

* cintora@prodigy.net.mx

Podría argumentarse, sin embargo, que el escéptico se ha comportado, de una manera poco razonable, excesivamente ambicioso en sus exigencias, dado que está buscando respuestas para preguntas últimas. Podría argumentarse, también, que, en vez de ello, deberíamos estar satisfechos con problemas o preguntas limitados o particulares, porque nuestra ciencia, y los métodos que ésta presupone, en general han sido exitosos. Por eso, podría afirmarse que es poco razonable albergar dudas globales acerca de nuestra ciencia y sus métodos, y que es, entonces, poco razonable preguntar por las justificaciones últimas de tales métodos. Además, podría argüirse que, puesto que *nuestra ciencia y sus métodos* han sido efectivos sobre todo en la predicción —en darnos control sobre algunos aspectos de la naturaleza— y que, en general, nos han proporcionado un conocimiento confiable, ¿por qué dudar de ellos?, ¿por qué preguntar por su justificación última o global? Especialmente puesto que esas pretendidas justificaciones parecen ser inalcanzables.

La recomendación de tomar partido por cuestiones locales y restringidas puede ser adecuadamente ilustrada con la bien conocida metáfora de Otto Neurath relativa a un bote que es constantemente reparado y equipado mientras está siempre navegando en mar abierto, y que nunca es llevado a puerto para una revisión completa. Este bote únicamente puede ser recompuesto o reparado en pequeñas porciones, y esto se hace sólo cuando es requerido; la propuesta de Neurath es que hagamos lo mismo con nuestro sistema de conocimiento: que lo revisemos y cuestionemos sólo aquí y allá, por secciones, y únicamente sí serias dudas lo demandan. El filósofo localista cree que la justificación local o particular es todo lo que necesitamos para estar racionalmente justificados en nuestro cuerpo de conocimiento.

El localismo es epistemológicamente optimista dada su creencia en un potencial de mejoramiento ilimitado del conocimiento: asume, además, que nuestros métodos, objetivos y creencias pueden, en principio, avanzar indefinidamente en un proceso continuo y gradual de mejoramiento. Entonces, el localismo asume que no existen errores a larga escala o huecos en nuestro cuerpo de conocimiento presente; además, acepta que, en general, nuestro conocimiento básico y de trasfondo es correcto y tiene que suponerlo así porque esto constituye el prerequisite para continuar con su acercamiento reformista. Este presupuesto conservador y optimista del localismo es el prerequisite para evitar que se haga una revisión general de nuestro sistema de conocimiento y para ignorar las preguntas globales. Así: “Podemos cambiar [nuestro esquema conceptual] *poco a poco*, tabloncitos por tabloncitos, aunque, mientras tanto, no haya algo para mantener la unidad del conocimiento sino el esquema conceptual cambiante que nos envuelve en sí mismo” (Quine, 1953b: 78).

Y, en el caso de que nuestro esquema conceptual fuera contrastado con evidencia empírica anómala, entonces el localista recomienda, de manera conservadora, ajustar las anomalías empíricas con un mínimo de alteración en él mismo. “Nuestro bote permanece a flote porque, con cada alteración, mantenemos su *volumen* intacto como una preocupación constante” (Quine, 1960: 4; énfasis mío).

De este modo, revisamos algunas creencias particulares mientras damos por hecho la validez general del conjunto de nuestros procedimientos y resultados científicos y, al mismo, aceptamos como incuestionables nuestras creencias cotidianas de sentido común. Ésas presuposiciones básicas de sentido común son como el casco del bote: lo mantienen a flote; así, las preguntas locales (las científicas y epistemológicamente normativas) son examinadas contra el conocimiento previo, el cual, al menos por el momento, es considerado como no problemático y consensual. Por ejemplo, los rasgos característicos de nuestros métodos de investigación deberían ser evaluados en el marco de las creencias aceptadas de sentido común, las teorías científicas y algunos métodos básicos (tales como la inducción y la deducción). Este marco no se cuestiona: *si el barco continúa navegando* lo que hacemos es seguir. Esta prescripción se aplica para que aquéllas de nuestras creencias y métodos que, como materia del consenso, hayan funcionado y que puedan ser considerados como seguros; que sean presumiblemente correctos o verdaderos. Esto es, se asume que son inocentes hasta que sea probada su culpabilidad y, además, se piensa que, al cuestionarlos, se incurriría en una duda no natural e infundada. En este sentido:

No podemos comenzar por la duda *total* [...] Es cierto que una persona puede, en el curso de su investigación, encontrar razones para empezar a dudar de lo que creía inicialmente; pero, en tal caso, duda porque tiene una *razón positiva* para ello y no por causa de la máxima cartesiana. No pretendamos dudar en filosofía lo que *no dudamos en nuestros corazones* (Peirce, 1955: 228-229; énfasis mío).

La idea de Charles S. Peirce parece sugerir que no deberíamos tomar en serio las dudas que no podamos albergar psicológicamente (i.e., *en nuestros corazones*) y, al señalar que deberíamos evitar las dudas completas o globales, también afirma que éstas deben ser justificadas. De acuerdo con Peirce, cuando uno está en posesión de una duda genuina es porque se tienen razones específicas para dudar y, entonces, uno puede examinarlas para averiguar si constituyen un buen motivo para hacerlo. Peirce propone manejar preguntas o problemas reales y razonables

(i.e., locales o restringidos), en lugar de tratar con problemas imaginarios más amplios que no podemos albergar psicológicamente; tal sería el caso de las extensas cuestiones propuestas por René Descartes en la primera de sus *Meditaciones metafísicas*.¹

El pragmatista trata de evitar (¿evadir?) las preguntas escépticas globales al enfocarse exclusivamente sobre cuestiones locales o particulares. Los localistas nos aconsejan emular la pretendida actitud de los científicos *normales* kuhnianos, quienes toman las presuposiciones de su paradigma como seguras y sólo dudan del mismo si tienen buenos motivos para hacerlo, a saber, las razones que para los científicos normales pueden consistir en la presencia de persistentes y numerosas anomalías importantes. El localista quiere reformar la filosofía sugiriendo que ésta imite a la ciencia normal avanzando en un estilo *minimalista*, es decir, aceptando de antemano aquellas suposiciones previas que tengan el soporte de la experiencia y dando por sentadas las que tienen el respaldo de la tradición científica.

Si llamamos *mundo normal* al que es consistente con nuestras creencias generales de sentido común acerca de cómo es el mundo, entonces el localista estaría afirmando que deberíamos estar interesados en hacer ciencia y filosofía en *mundos normales*. El localista estaría, además, prescribiendo que no deberíamos prestar atención a las dificultades para adquirir conocimiento en un mundo bizarro, lógicamente posible y habitado por un malicioso demonio cartesiano o, de la misma manera, en un extraño mundo de cerebros en matraces.

II.

Como resultado de su pragmatismo, Quine ha defendido una posición localista, pero le ha añadido su tesis holista y, como consecuencia de esta adición, él ha cuestionado la distinción analítico-sintética,

¹ Para la tradición pragmatista, incluso entre las mismas preguntas restringidas, la deliberación puede ser excesiva, porque demasiada discusión interfiere con una vida exitosa; entonces, es necesario algún grado de indolencia para sobrevivir. De este modo: “No hay un ser humano más miserable que aquél que no tiene otro hábito más que la indecisión; para quien el encendido de cada cigarro, la bebida de cada taza, el momento de levantarse y de irse a la cama cada día y el inicio de cada instante de trabajo son sujetos de deliberación volitiva expresa” (William James, 1950: 122). Para el pragmatista, la deliberación es primariamente un medio de resolver problemas humanos *particulares* y no se sostiene por sí misma.

Si [el holismo] es correcto [...] se convierte en un disparate la búsqueda de un nexo entre las proposiciones sintéticas, las cuales se sostienen de manera contingente en la experiencia, y las analíticas, las cuales se sostienen en cualquier situación. *Cualquier proposición puede ser sostenida como verdadera pase lo que pase*, si hacemos ajustes lo suficientemente drásticos en cualquier parte del sistema. Al contrario, por lo ya dicho, *ningún enunciado es inmune a la revisión* (Quine, 1953: 43; énfasis mío).

Así, para Quine, que cualquier proposición sea revisable implica que las creencias filosóficas también son modificables por la experiencia y, entonces, el límite entre ciencia y filosofía (particularmente, entre la primera y epistemología) se vuelve difuso. Además, se acepta que ella procede realizando preguntas locales o particulares y que, al hacerlo, da por sentados su conocimiento y metodología previos (excepto si aparecieran por aquí o allá buenas razones para dudar de tales suposiciones anteriores). Más aún, el pragmatista tiene en muy alto valor la ciencia y sus investigaciones restringidas debido a sus resultados prácticos. En consecuencia, Quine afirma que el localismo gradualista es la manera de proceder en todas nuestras investigaciones, tanto en las epistemológicas como en las científicas, y que la epistemología será evaluada por el(los) método(s) de la ciencia. Puesto que ésta y la filosofía se piensan como formando un *continuum*, entonces, los desafíos escépticos deberían surgir *al interior* de la ciencia y deberíamos emplear a esta última para responderlos. Así, *“las dudas escépticas son dudas científicas [...] La epistemología es, así, mejor considerada como una empresa al interior de la ciencia natural. La duda cartesiana no es la forma apropiada para comenzar”* (Quine, 1975: 68; énfasis mío).

Para Quine no existe una *filosofía primera*, esto es, que sea lógicamente previa a cualquier conocimiento empírico. Además, no hay métodos extracientíficos que dirijan o regulen desde algún lugar fuera de la ciencia, así, los méritos epistemológicos de las teorías científicas.

Naturalismo: abandono del objetivo de una filosofía primera. Éste considera a la ciencia natural como una investigación falible y corregible de la realidad, *pero no responsable ante ningún tribunal supracientífico y sin necesidad de alguna justificación más allá de la observación y del método hipotético-deductivo* [...] El naturalismo no repudia la epistemología, sino que la asimila a la psicología empírica [El naturalista] trata de mejorar, clarificar y entender el sistema *desde adentro*. Él es el atareado marino a la deriva en el bote de Neurath (Quine, 1981: 72; énfasis mío).

La epistemología se ha convertido en el estudio de la ciencia desde el interior de ella misma y, de esta forma, ha perdido su carácter especial; para esta doctrina (en adelante, *naturalismo*), las ciencias empíricas,² sus métodos y resultados son lo que guía a la filosofía. “La ciencia misma, en un sentido amplio, y *no en alguna filosofía ulterior*, es donde el juicio transita apropiadamente, aunque de manera falible, entre cuestiones relativas a la verdad y la realidad” (Quine, 1982: 295; énfasis mío).

El naturalismo epistemológico³ considera que el conocimiento humano es un fenómeno natural para ser estudiado de la misma manera que cualquier otro sector de la naturaleza. Éste no da respuesta al escepticismo filosófico, sino, más bien, afirma que el de tipo cartesiano es psicológica y científicamente implausible. El naturalista da por sentado lo que el escéptico cuestiona.

El naturalismo podría ser caracterizado como el rechazo del argumento trascendental, esto es, de un argumento no empírico; éste recomienda reemplazar una filosofía *a priori* con teoría científica y proclama que la epistemología es sólo el estudio de la ciencia desde el interior de ella misma.

III. EVALUACIÓN CRÍTICA DE LA TESIS LOCALISTA-NATURALISTA

¿Es circular el uso de la posición localista-naturalista para justificar nuestros métodos científicos?

Quine afirma en el fragmento citado con anterioridad que la ciencia no necesita *de alguna justificación más allá de la observación y el método hipotético-deductivo*, por tanto, él valora positivamente ambas instancias, las cuales considera como los métodos de investigación correctos, dada su creencia de que la ciencia (la psicología empírica) *es donde el juicio transita apropiadamente entre cuestiones relativas a la verdad y la realidad*. Ahora surge la pregunta acerca de cómo sabe Quine que éste es el método adecuado para juzgar *sobre cuestiones de verdad y realidad*.

² Depende del filósofo naturalista la selección de las ciencias empíricas que serán privilegiadas como los arquetipos a seguir.

³ En resumen, el naturalismo de Quine aparece como el resultado tanto de su holismo como del alto valor que le da a la ciencia y su estrategia de investigación localista. La favorable apreciación del estado actual de la ciencia, en Quine, se muestra, por ejemplo, en el último fragmento citado, donde afirma que *la ciencia misma es donde el juicio transita de manera apropiada*.

Además, dada la afirmación de Quine en el sentido de que la ciencia natural *no es responsable ante tribunal ningún supracientífico* (no hay espacio para una *filosofía ulterior*), entonces, para él, cualquier justificación de lo que debe ser tomado como método científico debe provenir del interior de la ciencia. Y, dado que las ciencias en cuestión son seleccionadas y validadas por el método científico, la validez de éste tiene que provenir, según la posición de Quine, del método científico mismo. En consecuencia, se termina argumentando circularmente el método científico por él mismo, ya que no existe una *filosofía primera*, la epistemología sólo es una actividad dentro de la ciencia natural y la ciencia es el *único* tribunal donde las cuestiones relativas a la verdad y la realidad están *apropiadamente* establecidas.

Si se respondiera, por ejemplo, que la evidencia disponible, o sea la que es proveída por la historia de la ciencia exitosa, garantiza la creencia en el método científico, entonces este argumento sería también circular. La razón es que se usa al método científico para seleccionar lo que será tomado como ciencia exitosa *bona fide* y para decidir que la historia de tal ciencia fundamenta la creencia en tal método. No es posible validar de una manera no circular los métodos de la ciencia empírica apelando a cualquiera de ellas. Quine es consciente de este hecho: “Si el objetivo epistemológico es la validación de los fundamentos de la ciencia empírica, falla en su propósito al utilizar la psicología u otra ciencia empírica en la validación” (Quine, 1969: 75-76).

De aquí se sigue que, para un seguidor de Quine, la epistemología, en lugar de intentar dar una justificación quijotesca para nuestros presupuestos y métodos más básicos, buscará describir, explicar y entender, a través de la ciencia empírica, el origen de nuestras creencias fundamentales y las condiciones en las cuales las consideramos como justificadas. En particular buscará hacer esto para nuestras creencias y métodos científicos. En este sentido:

Si somos lo suficientemente modestos como para entender el nexo entre la observación y la ciencia, estaremos en condiciones de usar cualquier información disponible, incluyendo aquella proveída por la ciencia misma, cuyo nexo con la observación estamos tratando de entender (Quine, 1969: 76).

La epistemología, asimismo, se convierte en parte de la ciencia natural en el sentido de que las únicas preguntas legítimas son aquéllas contestables o resueltas

por los científicos usando los métodos de las ciencias empíricas; y cualesquiera otras preguntas epistemológicas son observadas como tradicionales interrogaciones filosóficas en desuso.

De este modo, Quine está atrapado en una red de creencia porque trata de *mejorar, clarificar y entender el sistema desde su interior*: es prisionero en uno de los varios botes descritos como posibles por Neurath. Él acepta de antemano, como el localista que es, el esquema de conocimiento previo (en particular, los presupuestos metodológicos básicos del mismo), además de asumir que no hay errores a gran escala o espacios vacíos en su esquema. Más aún, cuando afirma que la ciencia natural es el lugar donde *transita de manera apropiada el juicio*, Quine está haciendo una demanda normativa injustificada.

A esto se podría replicar que nuestras demandas de justificación de lo que Quine toma como el método científico significan que dudamos de éste y que esas vacilaciones no deben ser sinceras, porque cuestionar la vigencia del método hipotético-deductivo es psicológicamente imposible⁴ o, como Charles S. Peirce habría señalado, porque no podemos dudarlo *en nuestros corazones*. La respuesta es que la imposibilidad psicológica de esas dudas es irrelevante, porque la pregunta importante es si esas dudas son lógicamente convincentes. Éste era el énfasis marcado por David Hume acerca de nuestras propensiones psicológicas inductivas casi irresistibles, las cuales, sin embargo, carecen de validez lógica; así que la recomendación de Peirce es incorrecta, dado que no distingue el contexto psicológico del lógico. Más aún, la recomendación de Peirce es en sí misma injustificada: si no es así, ¿por qué deberíamos permanecer satisfechos sólo con preguntas locales o particulares? Tal vez el pragmatista respondería: *porque los problemas locales se pueden resolver, mientras que los globales, los últimos, no*; el mandato pragmatista sería: *si quieres ser racional en cuanto a tus medios y fines, entonces trata solamente con problemas que tengan solución*.⁵ El pragmatista insistirá en que preguntar por la justificación con tal intensidad que se alcancen los cimientos del conocimiento no es razonable, porque no pueden ser

⁴ Sin embargo, los *científicos creacionistas* que proponen una metodología científica alternativa ejemplifican que esas dudas no son psicológicamente imposibles.

⁵ La racionalidad medios/fines o instrumental parece aconsejar que, *si uno quiere ser racional y, además, el objetivo A, entonces uno debería buscar los medios justificadamente óptimos, de entre aquellos que están disponibles, para conseguir o aproximarse continuamente al deseable y buscado objetivo A*. Por tal razón, si A es un objetivo imposible o no alcanzable de manera continua, entonces no existirá medio alguno disponible para alcanzar o acercarse a A, y entonces A sería irracional en cuanto a sus medios/fines.

dadas justificaciones que no sean viciosamente circulares para los fundamentos metodológicos. En otras palabras, el pragmatista recomienda: *no preguntes por lo que está fuera de tu alcance, apégate a preguntas locales fructíferas, como las de la ciencia.*

Ahora, dos puntos necesitan un mayor análisis: 1) ¿una metametodología localista-naturalista pretende sólo describir y explicar cómo proceden los científicos cuando revisan sus teorías y métodos científicos?; 2) ¿una teoría naturalista del método científico recomienda que sigamos un procedimiento localista?

¿Una metametodología localista-naturalista pretende sólo describir y explicar cómo proceden los científicos cuando revisan sus teorías y métodos científicos?

Si una metametodología científica naturalista únicamente describiera los métodos y objetivos de ciertas ciencias o si sólo describiera la manera en que proceden los científicos durante sus investigaciones, entonces esto no sería suficiente para dar respuesta a nuestras preguntas epistemológicas tradicionales, dado que también queremos saber si los científicos *deberían estar obligados* a seguir cualquiera de las estrategias de investigación descritas.

El aspecto normativo de la metodología es ilustrado por el hecho de que en el pasado los metodólogos han criticado algunos aspectos incluso de las teorías científicas líderes de su tiempo y lo han hecho porque las mismas fallaron de acuerdo con sus cánones metodológicos. Por ejemplo, Albert Einstein *qua* metodólogo pensó que las teorías científicas deberían ser deterministas aun cuando la física cuántica (la teoría dominante en su campo) —al menos *prima facie*— no lo es.

Más aún, si tratáramos de alcanzar el *deber ser* de la epistemología normativa desde el *ser* de la psicología (o de alguna otra ciencia empírica) seríamos sospechosos de estar cometiendo la *falacia naturalista* (ampliamente discutida, por ejemplo, por G. E. Moore). Así, no es posible una aproximación puramente descriptiva, porque la descripción en sí misma es una actividad cognoscitiva con una dimensión normativa. Por ejemplo, uno selecciona para la descripción aquéllas teorías con las características que considera contempladas en una teoría científica.⁶ Las teorías escogidas como arquetípicas de la ciencia son consideradas dignas de

⁶ Tales características teóricas deseables sólo pueden ser conocidas tácitamente.

descripción y, desde esta apreciación, el naturalista espera inferir estándares metodológicos. En suma, éste requiere —si es racional— de algunos estándares metodológicos para seleccionar su sustrato de teorías científicas putativas y, luego, de un estudio descriptivo de este sustrato a partir del cual infiere estándares metodológicos: el proceso completo es circular y, al final, éste termina sólo obteniendo las mismas normas con las que empezó. De otro modo: “En una epistemología naturalizada, las teorías son seleccionadas como científicas si vindican presunciones metodológicas atrincheradas; y nosotros decidimos cuáles métodos aceptar en concordancia con un estudio de esas teorías seleccionadas”.⁷

Si esto es incorrecto, ¿por qué no describir el trabajo de los científicos creacionistas y del análisis de esta descripción inferir el método científico? Puesto que ésta última opción sería considerada como inaceptable, el naturalista tendría que justificar su selección de teorías científicas putativas, esto es, tendría que justificar los cánones metodológicos que lo llevaron a esa selección teórica. Por esto, Quine debería explicar por qué lo que él considera como arquetipos de la ciencia son ciencias genuinas. Sin embargo, Quine afirma que:

La naturalización de la epistemología no abandona el aspecto normativo y se establece para la descripción indiscriminada de procedimientos actuales. *Para mí la epistemología normativa es una rama de la ingeniería.* Es la tecnología de la búsqueda de la verdad o, en un término epistemológico más cuidadoso, de la predicción. *Como cualquier tecnología, hace libre uso de cualquier descubrimiento científico que pueda servir a su propósito.* Se apoya en las matemáticas al calcular la desviación estándar y la probabilidad de error [...] Se apoya en la psicología experimental al exponer las ilusiones perceptuales y en la psicología cognitiva al escrutar el pensamiento optimista [...] *Aquí no hay preguntas acerca del valor último, como en la moral; es una cuestión de eficacia para un fin, verdad o predicción ulterior* (Quine, 1986: 665; énfasis mío).

Nuevamente, ¿cómo sabe Quine que lo que él considera como *descubrimientos científicos* son resultados científicos *bona fide*? ¿Cómo sabe que la *verdad o la predicción* son fines cognoscitivos valiosos? Quine cree que lo sabe porque seguramente ha aplicado, incluso de manera tácita, algunos estándares metodológicos para decidirlo y, entonces, el aspecto normativo de la metodología surge cuando hay que decidir a cuáles resultados hay que llamar científicos. Las

⁷ Esta es una modificación del siguiente fragmento: “[In a naturalistic epistemology] methods are accepted if they vindicate entrenched theoretical assumptions; and we decide which theories to accept in accordance with accepted methodological standards” (Hookway, 1990: 223).

normas tácitas también aparecen cuando Quine decide que *la verdad o la predicción* son fines cognoscitivos valiosos.⁸

Probablemente Quine argumentará que un estudio descriptivo de las ciencias empíricas mostrará que esas son sus metas, pero, nuevamente, puesto que las ciencias no eligen por ellas mismas, ¿cómo fueron seleccionadas? Si lo fueron al usar algunos métodos eficaces para el logro de algunos fines cognoscitivos, entonces los fines de las ciencias ya estaban ahí, en los métodos y fines que ayudaron a seleccionarlas; así, terminamos descubriendo y describiendo los mismos métodos y fines que hemos prejuzgado que son los propios a ellas.

En suma, el naturalismo de Quine no puede ser, en su totalidad, descriptivo; porque un naturalismo de este tipo de *raza pura* sería incapaz de *levantar el vuelo*, ya que toda descripción requiere algunos estándares metodológicos o normas para reconocer lo que es relevante y valioso en su labor. O, más aún, un naturalismo descriptivo requiere de algunos métodos y objetivos cognoscitivos sobrenaturales, de un punto ventajoso fuera de la ciencia, de una moderada filosofía primera.

Esto se vuelve especialmente claro cuando uno se percata de que, aun si las exitosas (en términos pragmáticos, *i.e.*, las empíricamente adecuadas) teorías científicas de alguna manera se eligieran ellas mismas, quedarían todavía un par de preguntas pendientes: 1) ¿cuáles de los métodos presupuestos por esas teorías científicas pragmáticamente exitosas son los más adecuados?; y 2) ¿cuales de esas teorías constituyen conocimiento? Quine asume una respuesta afirmativa para ambas cuestiones, pero, al hacerlo, está aceptando de antemano, a pesar de él mismo, una filosofía *a priori*: el pragmatismo.⁹

⁸ A propósito, estos son dos fines cognoscitivos muy diferentes: ¿cuál de los dos es científicamente genuino? La importancia de decidir cuál es el objetivo de la ciencia, si la verdad o la predicción, se muestra en los actuales debates entre realistas e instrumentalistas; por ejemplo, Larry Laudan afirma que la verdad es un objetivo cognoscitivo irracional.

⁹ Así, Quine afirma: “No podemos desapegarnos de [nuestro esquema conceptual] y compararlo objetivamente con una realidad no conceptualizada. Por ello carece de sentido, sugiero, preguntarnos por la absoluta corrección de un esquema conceptual como espejo de la realidad. Nuestros criterios para lograr cambios básicos en el esquema conceptual *deben consistir* no un estándar realista de correspondencia con la realidad sino, más bien, en *uno de tipo pragmático*. Los conceptos son lenguaje, y el propósito de los conceptos y el lenguaje es *la eficacia en la comunicación y la predicción*. Tal es el deber último del lenguaje, la ciencia y la filosofía y *está en relación con la certeza de que un esquema conceptual haya sido finalmente alcanzado*” (Quine, 1953: 79; énfasis mío). Así, aun y cuando Quine mantiene que no podemos afirmar cuál esquema conceptual es objetivamente correcto o verdadero (y, en este sentido, ninguno es el mejor), él señala que todavía podemos comparar esquemas conceptuales en términos de su

¿Una teoría naturalista del método científico recomienda que sigamos un procedimiento localista?

Si el naturalismo es un mandato normativo en favor de un procedimiento localista, esto es, si ordena lidiar con los problemas sólo cuando éstos surgen, sin cuestionar presunciones teóricas ni metodológicas atrincheradas; si éste recomienda un localismo experimental para tratar las preguntas filosóficas y epistemológicas (porque se alega que así es como la ciencia procede), entonces, ¿cómo justifica el naturalismo su prescripción del localismo?

Desde el naturalismo localista se podría contestar que tales demandas de justificación son precisamente la clase de cuestiones que el localismo excluye y, de ser así, aparecería como una autoprescripción. Para el escéptico, esto es una estrategia *ad hoc* que evita lo que no puede responder. Así, el naturalista nos pide:

[...] permanecer tranquilos con una política localista experimental, cuya legitimidad como manera de aproximarnos a la verdad no puede ser establecida. Si esto es todo lo que puede decirse, el naturalismo aparenta *complacerse con el escepticismo más que en tratar de superarlo* (Hookway, 1990: 223; énfasis mío).

De nuevo, ¿por qué deberíamos aceptar el consejo naturalista: ¡sólo preguntas locales!>? Sobre todo, aceptando que, tradicionalmente, se ha considerado como filosóficamente legítimo preguntarnos acerca de si los procedimientos científicos están justificados como totalidad. El localista podría, tal vez, alegar lo siguiente:

Efectivamente, la investigación es un proceso riesgoso y frágil: debemos, con ciertas excepciones, confiar en la suerte. Sin embargo, ¿tenemos algunas razones positivas para desconfiar de nuestros procesos de investigación? Además, ¿se requiere de esta justificación para la ampliación del conocimiento? Si no es así, ¿debemos preocuparnos por tener esta justificación? (Carnap, citado en Hookway, 1988: 198).

meta compartida: la eficacia en la predicción. En el caso de esquemas conceptuales científicos, esta comparación puede hacerse porque Quine cree que los mismos también comparten algunas estrategias metodológicas básicas, tales como el método hipotético-deductivo. En otras palabras, Quine sostiene que todos los esquemas conceptuales científicos comparten algunas presuposiciones metodológicas y axiológicas básicas, pero, ¿cómo justifica Quine esta creencia?

La respuesta es que se requiere de esta justificación si queremos conocer la confiabilidad de nuestro proceso de adquisición de conocimiento. El naturalista todavía podría añadir: “la ciencia es inocente a menos que se pruebe su culpabilidad, mientras que nuestra metaciencia es culpable hasta que se compruebe su inocencia (Carnap, citado en Hookway, 1988: 198).

Pero, ¿por qué la estrategia naturalista es más prudente? ¿Este juicio evaluativo también será dado como de hecho? El naturalista insistirá en algo similar: *el bote continúa navegando. ¿Cómo sucede esto? Todavía no lo entendemos completamente, pero esta no es razón para minar nuestra esperanza en su continuidad y en que eventualmente lo comprendamos mejor. Es cierto que esta esperanza está desprovista de razones positivas para ser respaldada (a excepción de la historia de algunos éxitos), pero, al menos, carece de argumentos negativos en su contra, excepto por la ausencia de una justificación no viciosamente circular.*

Sin embargo, ¿cómo saber que el barco continuará navegando? Bien podría naufragar la embarcación en cualquier momento y, además, ¿cómo sabe el naturalista que lo que él considera como la historia de algunos éxitos científicos es realmente eso, *i.e.*, una historia de logros objetivos y no un relato de algo más?

Asimismo, ¿cómo sabe el localista que nuestro mundo es *normal*? Todo lo que sabemos, por mucho, es que éste parece haber sido normal, pero, a partir de esto, concluir que de hecho lo ha sido significa aceptar de antemano un prejuicio. Pero, incluso si nuestro mundo de hecho ha sido normal, ¿continuará siéndolo? La creencia naturalista en la normalidad de nuestro mundo —y en la persistencia de la misma— puede ser natural o espontánea, pero igual lo son las dudas escépticas, como lo muestra el hecho de que aquellas tradicionales preguntas escépticas continúan siendo recurrentes.

Para los seguidores de Quine, nuestros métodos cognoscitivos más básicos no necesitan justificación y, en lugar de ello, lo que requiere fundamentación son las dudas *antinaturales* del escéptico: desconfiar de lo que nos ha servido tan bien y por tanto tiempo requiere de argumentos. El científico quineano sostiene el siguiente principio condicional: *P: Si funciona, no lo justifiques, porque no lo necesita.*

Sin embargo, ¿cómo llegamos, a P, del antecedente a la conclusión? ¿Cómo va a ser justificado este principio? Lo anterior, tanto si se trata de una prescripción *a priori* como si es un principio que puede ser validado de manera empírica. Ahora bien, para justificarlo empíricamente se requerirían los mismos métodos (tales como el hipotético-deductivo) que este principio considera no necesitarlo. El principio

está, a fin de cuentas, enunciando que en sí mismo no necesita de una justificación empírica y, entonces, P tiene el carácter de una estipulación, de una prescripción *a priori*, un rasgo que va en contra del rechazo de Quine hacia cualquier *filosofía primera*. Más aún, el seguidor de Quine parece advertirnos: *¡Prohibido formular preguntas que no podamos responder! ¡Prohibido preguntar lo que consideramos obvio!* Pero, “creer que algo es obvio no disculpa de la necesidad de defenderlo o, al menos, la de considerar esa creencia como un presupuesto [...] personal (Worrall, 1999: 348).

La necesidad de justificar lo obvio se vuelve, en especial, pertinente cuando uno considera que, de acuerdo con una perspectiva evolutiva, podría ser biológicamente ventajoso (en ahorro de tiempo y energía) encontrar como indiscutible lo que es estrictamente incorrecto, pero lo suficientemente cercano (en favor de la supervivencia) a la verdad.

Así, considerando que la evolución biológica seleccionó nuestro sistema cognoscitivo para tener una eficiencia óptima *vis a vis* promoviendo la supervivencia biológica y la reproducción en un ambiente prehistórico terrestre de objetos de mediano tamaño y que —como nuestras investigaciones nos llevan hacia el micro y el macrocosmos, y más lejos de nuestra situación problemática original— nuestra arquitectura cognoscitiva podría probar ser insuficiente. En otras palabras, es dudoso que las capacidades cognoscitivas que probaron adecuación para cazar un mamut sean también suficientes para explorar Marte, hacer filosofía y desarrollar una teoría de campo unificada en física. En este sentido,

Una epistemología naturalizada comienza dejando de lado las clásicas preguntas justificatorias acerca de la adecuación de nuestras prácticas de conocimiento/recopilación, pero termina proveyendo las bases de una nueva sospecha relativa a la existencia de límites profundos para nuestro conocimiento de todo, pero en el más implausiblemente homogéneo y manejable de los mundos posibles. Ciertamente, sería un accidente extraño si nuestros cánones subjetivos de aceptabilidad científica se volcaran a empatar en todo lo que respecta al carácter objetivo del universo. ¿Por qué nuestras capacidades cognoscitivas deberían ser adecuadas para todo los dominios? [...] Nosotros [...] no tendemos a tener teorías enteramente correctas y completas; nuestros patrones cognoscitivos innatos pueden conducirnos a aceptar algunas falsedades y rechazar ciertas verdades [...] Parecen existir mundos posibles que serían tan complicados para nosotros o una sociedad de expertos al ser representados factiblemente [...] La amplitud y la profundidad de un posible conocimiento putativo podría ser intrínsecamente inconmensurable para una visión del mundo tanto manejable como completa (Cherniak, 1986: 127-129; énfasis mío).

Esta conclusión se vuelve más plausible si se recuerda que la evolución seleccionó a aquellos de nuestros ancestros cuyas capacidades cognitivas eran lo suficientemente adecuadas como para promover su supervivencia biológica y reproducción; además, que la evolución no necesariamente seleccionó las capacidades cognitivas más confiables para producir y transmitir la verdad, aun para lidiar con los objetos de tamaño mediano de la sabana primitiva que habitaban nuestros ancestros.¹⁰ Por ello, nuestra biología contemporánea socava dos presupuestos claves del naturalismo: 1) que el progreso localista puede avanzar indefinidamente; y 2) que no hay errores a gran escala en nuestro esquema conceptual. El naturalista criticó al escéptico por albergar dudas injustificadas o en desuso e, irónicamente, ahora se descubre que la ciencia misma provee dudas escépticas justificadas, análogas a las del viejo escéptico. Ahora bien, para rechazarlas, se podría especular acerca de la existencia de:

[...] un tipo particular de cosmología, la cual asegura una armonía preestablecida entre el hombre y el universo. Sería una coincidencia peculiar que necesitaría de muchas explicaciones si, para cada dominio, sucediera que todas y cada una de las teorías sugestivas y verdaderas fueran lo suficientemente simples como para ser usadas por, e inteligibles para, nosotros (Cherniak, 1986: 129).

Y, en este mismo sentido, se podría continuar haciendo la aceptación de la *veracitas Dei* (como lo hicieron Descartes y Thomas Reid) para fundamentar la creencia en una armonía preestablecida entre la mente humana y el cosmos, para respaldar la esperanza en que nuestros medios cognoscitivos sean adecuados para nuestros fines cognoscitivos. Tales conjeturas, sin embargo, serían desagradables para el naturalista debido a su carácter metafísico especulativo.

IV. ¿LA JUSTIFICACIÓN SOLAMENTE ES ARGUMENTATIVA?

El localista-naturalista todavía podría argumentar que detrás de las dudas del escéptico, examinadas a fondo, surge la presunción de que la justificación sólo es

¹⁰ Porque, la selección natural, estando interesada sólo en la supervivencia, tuvo que cortar camino para ahorrar energía y tiempo.

argumentativa, *i.e.*, una proposición está justificada inferirla —deductiva o inductivamente— de algunas premisas. Por tanto, se sigue que si existen límites lógicos para la argumentación, entonces también habrá límites lógicos para la justificación. Nuestro escéptico ha confinado la validez sólo a relaciones inferenciales entre proposiciones y, para esto, requiere que el creyente justificado posea una razón consciente¹¹ para pensar que su creencia es verdadera.

El naturalista, además, *también* da la bienvenida a justificaciones no argumentativas *externalistas*, como las que provienen, de algunos procesos psicológicos inconscientes. Se ha afirmado, por ejemplo, que las creencias causadas o generadas por procesos psicológicos generadores de verdad (o afirmaciones transmitidas por medio creencias previamente justificadas, mediante procesos, por lo general, confiables como transmisores de creencias), en un ambiente normal para la formación y transmisión de las mismas, están validadas.

Para esta doctrina, el *confiabilismo*, las creencias estarían justificadas, incluso si el sujeto no estuviera consciente de los procesos generadores y transmisores de creencias o de las facultades existentes en su mente y —debido a esta inconciencia acerca del *justificans*— el creyente, en general, no tendría razón alguna para pensar que sus creencias son verdaderas o cercanas a la verdad; y, sin embargo, éste estaría justificado al aceptar sus creencias. Ejemplos de posibles procesos que serían *fuentes* confiables son la percepción, la memoria, el razonamiento y la intuición; mientras que ejemplos de procesos confiables inferenciales o *transmisores* son la deducción o la inducción.

El confiabilismo enfrenta exitosamente al escepticismo en lo relativo a los enunciados observacionales, puesto que para el primero los enunciados de este tipo o básicos pueden justificarse si son generados por algunos procesos psicológicos no inferenciales confiables, como los de la percepción en un sujeto sano y en una situación estándar. Mientras que, para la concepción argumentativa de la justificación, sólo otros enunciados pueden validar los básicos, un requerimiento que conduce al conocido dilema del escéptico: una regresión infinita de enunciados justificacionales y, para detenerla, la alternativa de la circularidad o el dogmatismo. Karl R. Popper, por ejemplo, trata este trilema concluyendo que es inevitable una forma de dogmatismo convencional, esto es, que algunos enunciados básicos deben

¹¹ O, por lo menos, el creyente justificado debería tener sus creencias justificadas por razones que pueden hacerse conscientes —después de un adecuado autoexamen o reflexión—, esto es, las razones justificatorias deben ser capaces de volverse conscientes.

ser tomados como verdaderos *pro tem* a través de la convención hecha por una comunidad científica. Un acuerdo convencional que, sin embargo, puede ser revisado y sustituido por otro acuerdo del mismo tipo,¹² en caso de que surgieran críticas serias al primer enunciado básico convencional. Aún así, los enunciados básicos en los que detenemos la regresión tienen el carácter de dogmas en el sentido en que son aceptados como verdad —de nuevo aun cuando sea sólo temporal— sin una justificación argumentativa. Popper llega a su doctrina porque cree que los enunciados sólo pueden ser justificados por otros similares y, además, porque opina que los procesos psicológicos, aun siendo confiables, pueden en su mayoría causar o motivar nuestra decisión de aceptar algunos enunciados básicos; él afirmaría que el confiabilista confunde justificación con causación o motivación.¹³

Cada prueba de una teoría, tanto resulte en su corroboración como en su falsación, debe detenerse en algún enunciado básico o en otro que nosotros *decidimos aceptar* [...] Los enunciados básicos en los cuales nos detenemos, que decidimos aceptar como satisfactorios y suficientemente examinados, tienen decididamente el carácter de *dogmas*, pero únicamente en tanto que nosotros podamos desistir de justificarlos por argumentos (o pruebas) ulteriores [...] Las experiencias *pueden motivar una decisión*, quizá decisiva, y de aquí la aceptación o el rechazo de un enunciado, pero un enunciado básico no puede ser *justificado* por ellos mismos —no más que manoteando sobre la mesa (Popper, 1959: seccs. 27-29).

En consecuencia, parece que el confiabilismo puede evitar un escepticismo relativo a los enunciados básicos, mientras que la doctrina tradicional argumentativa o internalista de la justificación no puede hacerlo. El primero, sin embargo, tiene que enfrentar algunas dificultades escépticas propias una vez que el escéptico demanda una validez de la creencia en la confiabilidad de los así llamados procesos confiables. Así, la justificación para la creencia en la confiabilidad de algunos

¹² Asumiendo que la comunidad científica puede llegar a un acuerdo acerca de cuáles enunciados básicos no son problemáticos en ese momento.

¹³ La posición de Popper quizá pueda aclararse a través de una analogía ética: imagínese a un criminal que explicara causalmente su delito al mostrar que su acción fue el resultado de un proceso emocional (amor o benevolencia) que, en general y en situaciones normales, conduce a buenas acciones. ¿Diríamos que esta explicación causal justifica su crimen como bueno? Muchos de nosotros encontraríamos contraintuitiva una respuesta afirmativa. Además, el refrán reza: *saberlo todo es olvidarlo todo*: olvidar quizá, pero no justificar como bueno o correcto.

procesos será otorgada por alguna otra creencia generadora por otros procesos *confiables* y, para detener la regresión, el confiabilista, igual que el internalista argumentativo antes que él, terminará en una circularidad o dogmatismo concerniente a la confiabilidad de algunos procesos. El confiabilista detendrá la regresión replicando que nuestros procesos cognoscitivos, tales como los inductivos, están autosustentados,¹⁴ ya sea argumentando que varios de nuestros procesos cognoscitivos son apoyados por algunos de los procesos cognoscitivos autosustentables más básicos o que nuestros procesos cognoscitivos mutuamente (*i.e.*, circularmente) se apoyan unos a otros:

Un componente muy importante de la teoría confiabilista del conocimiento seguramente sería una lista de facultades confiables: percepción, memoria, introspección, inferencia, y quizá otras. Pero, ¿cómo podría uno justificar el añadir una facultad a la lista excepto por el uso —directo o indirecto— de esa misma facultad? *Y, ¿esto no es tan viciosamente circular como calificar de confiable a una fuente aceptando sus resultados de cara a la ventaja e infiriendo que ahí está presente la verdad? Tal razonamiento no es confiable y es, en cualquier caso, inaceptable.* Quizá podríamos evitar la circularidad viciosa permitiendo a una facultad ganar apoyo desde el uso de otras facultades. Pero, éstas necesitarían apoyo de sí mismas y ¿cómo lo obtendrían excepto por estar cada una apoyada en las demás? El confiabilismo es, de este modo, conducido a buscar *refugio en un círculo lo suficientemente amplio, el cual debe ser considerado como benigno, quizá en virtud de su gran diámetro* (Sosa, 1991: 95; énfasis mío).

Sin embargo, ambos, un argumento viciosamente circular de diámetro amplio y uno de extensión menor son, por igual, lógicamente inaceptables; si existe alguna diferencia entre ambos círculos es sólo una cuestión de obviedad psicológica. El círculo de diámetro más amplio podría ser considerado como *benigno* (*i.e.*, como un argumento probativo *bona fide*) sólo porque su circularidad permanece escondida y su falta no es aparente: de ser el caso, esto aparece como una estrategia hipócrita, como un juego de simulación.

Por ejemplo, asúmase que uno tiene la creencia B de que nuestra memoria ha sido, en general, confiable en la producción del proceso cognoscitivo. Ahora bien, si alguien preguntara por la justificación de B, podríamos responder que la creencia en B es generada por nuestros procesos cognoscitivos de la memoria. Es decir,

¹⁴ *Cfr.* David Papineau, 1992 para una justificación circular de la inducción confiabilista.

justificaríamos B invocando nuestra memoria —*i.e.*, de modo circular— y sí, además, infiriéramos que nuestros procesos cognoscitivos de la memoria probablemente continuarán siendo confiables, tendríamos que asumir que también nuestros procesos cognoscitivos inductivos también lo son.

Más aún, el confiabilista asume que una creencia B está justificada en el caso de que procesos cognoscitivos que generalmente son confiables produzcan B (o conduzcan a B desde otras creencias justificadas). Ahora, sí el confiabilista en turno va a defender su teoría de la justificación, argumentará lo siguiente:

- 1) La teoría confiabilista de la justificación epistémica está demostrada por procesos cognoscitivos confiables en cualquier situación, tales como el razonamiento y la imaginación, los cuales generan la teoría de la justificación confiabilista. Sin embargo, es problemático argumentar que el razonamiento y la imaginación —alguna vez tomados como apoyo de nuestras intuiciones intelectuales más fuertes— sean por sí mismos y en general procesos cognoscitivos generadores de creencias confiables, puesto que es casi un *cliché* que dichas instancias frecuentemente nos han conducido a teorías o creencias absurdas.
- 2) La segunda opción es que el confiabilista terminará con una explicación internalista argumentativa de su teoría de la justificación, misma que, por último, nos conducirá de nuevo al trilema del escéptico: regresión al infinito, circularidad o dogmatismo. Por ello, al final, el confiabilista se encuentra a sí mismo en la misma confusión escéptica de donde él mismo ha tratado de liberarse.

Traducción del inglés de Xóchitl S. Huerta Peredo

BIBLIOGRAFÍA

Cherniak, Christopher, *Minimal Rationality*, Estados Unidos, The MIT Press, 1986.

Hookway, Christopher, *Quine*, Inglaterra, Polity Press, 1988.

_____, *Skepticism*, Londres/ Nueva York, Routledge, 1990.

James, William, *The Principles of Psychology*, Nueva York, Dover, 1950.

Papineau, David, “Reliabilism, induction and scepticism”, en *The Philosophical Quarterly*, vol. 42, núm. 166, 1992, pp. 1-20.

Peirce, Charles S., “Some consequences of four”, en *Philosophical Writings of Peirce*, edición de Justus Buchler, Nueva York, Dover, 1955.

Popper, Karl R., *The Logic of Scientific Discovery*, Estados Unidos, Harper and Row and Basic Books, 1959.

Quine, Willard van Orman, “Two dogmas of empiricism”, en *From a Logical Point of View*, Cambridge, Harvard University Press, 1953.

—————, “Identity, ostension, and hypostasis”, en *From a Logical Point of View*, Cambridge, Harvard University Press, 1953b.

—————, *Word and Object*, Cambridge, The MIT Press, 1960.

—————, “Epistemology naturalized”, en *Ontological Relativity and Other Essays*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

—————, “The nature of natural knowledge”, en *Mind and Language*, edición de Samuel Guttenplan, Oxford, Clarendon Press, 1975.

—————, “Five milestones of empiricism”, en *Theories and Things*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.

—————, “Reply to Morton White”, en *The Philosophy of W. V. O. Quine*, edición de Edwin Hahn y Paul A. Schilpp, La Salle, Open Court, 1986.

—————, *Pursuit of Truth*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

Sosa, Ernest, “Nature unmirrored, epistemology naturalized”, en *Knowledge in Perspective. Selected Essays in Epistemology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

White, Morton, “Normative ethics, normative epistemology”, en *The Philosophy of W. V. O. Quine*, edición de Edwin Hahn y Paul A. Schilpp, La Salle, Open Court, 1986.

Worrall, J. “Two cheers for naturalised philosophy of science is not the cat’s whiskers”, en *Science and Education*, número 8, 1999, pp. 339-361.